

sublimes que los ángeles, inmensamente alejados de los usos y de las inclinaciones del mundo, solo querían á Dios, solo buscaban á Dios, amaban solo á Dios, y en el mismo matrimonio solo hácia Dios se dirigian. Jamás la tierra ha visto en el curso de los siglos nada más grato, nada más hermoso, nada más sublime.

María, entre tanto, así como en su presentacion al Templo había consagrado la virginidad, desposándose con José consagra la familia. Correspondía á Ella dar saludables enseñanzas, preciosos ejemplos y santos consejos á todas las clases; á Ella correspondía iluminar é ilustrar á todos los estados. La que era la admiracion del Cielo, debía ser igualmente la maravilla de la tierra; la que servía de espectáculo de complacencia á los ángeles, debía ser tambien espectáculo de edificacion á los hombres. Y en verdad, no podía ofrecerse modelo más perfecto en el cumplimiento de los deberes inherentes al matrimonio. Así pues, sea Ella nuestra luz, nuestra guía y nuestra maestra. Siguiéndola no podremos errar; caminando en pús de Ella no podremos extraviarnos. Invoquemos su nombre en todas las necesidades, pongámonos en todas ocasiones bajo su patrocinio, imitemos sus ejemplos. ¡Cuánta será nuestra paz, cuánta nuestra felicidad si nos proponemos imitarla! Entónces los caractéres más opuestos se reconciliarán con mútuos sacrificios; entónces á los rencores y á las pretensiones sucederá una santa emulacion por lo que es bueno y virtuoso; entónces las perversas máximas del mundo no podrán introducir la discordia dentro del hogar doméstico; entónces estarán tranquilos nuestros corazones, pacíficas nuestras casas, prósperas nuestras familias; entónces... ¡Ah! vén, pues, ¡oh María! vén en medio de nosotros, vén á purificar nuestros afectos, á esclarecer nuestros pensamientos y hacernos gozar de aquella paz, que por tu mediacion se gozaba dentro de tu humilde morada en Nazareth. Dirigidos por Tí seremos salvos, y guiados por Tí seremos santos. Por tu intercesion recibiremos el bálsamo de la mansedumbre, la luz de la prudencia, el néctar de la concordia, el fuego de la caridad, y en el cumplimiento de nuestros deberes recogeremos abundantes frutos de vida eterna.

---

## DESPOSORIOS DE LA VIRGEN.

---

### DISCURSO II.

*Jacob autem genuit Joseph, virum Mariæ.*

Jacob engendró á José, esposo de María.

(MATTH. I, 6.)

María acababa de cumplir catorce años: sus padres, á quienes Dios había llamado al seno de Abrahán, la habían dejado huérfana; pero el Señor se encargó de velar por Ella. La Virgen se había entregado á Dios de un modo enteramente nuevo, y se había dedicado á su servicio con abnegacion absoluta. Los tutores elegidos por la aútoridad, ó mejor, por el sacerdocio, y designados acaso por Joaquin, se habían encargado de la jóven huérfana, y por punto general se cree, que pertenecieron á la santa familia de Aaron de la cual descendía la Virgen. Por otra parte, los sacerdotes que servían en el Templo eran los tutores natos de las jóvenes huérfanas destinadas al servicio de Dios. Con este motivo se opina que este santo cargo se cometió á Zacarías, y así puede conjeturarse, atendida la santidad del padre del Precursor y el íntimo parentesco que le unía con María, la prisa que se dió por visitar á Elisabeth, y el largo tiempo que permaneció en casa de Zacarías: el techo hospitalario que por tanto tiempo prestó asilo á María, había de ser tan respetable y sagrado como el techo paternal, segun las costumbres estrictamente observadas entre los hebreos.

Pues bien; los hebreos tenían la costumbre, de que llegando las jóvenes á edad para casarse, les buscaban esposo; y, segun asegura el Apóstol, era una ignominia para las que pasaban de la edad no haber contraído matrimonio. Por otra parte, la ley prohibía á las jóvenes acogidas en el Templo permanecer en su asilo al llegar á la

edad para poder contraer matrimonio. De acuerdo con los tutores de María, los sacerdotes habían tratado de casarla, puesto que los sacerdotes únicamente podían disponer de lo que se había ofrecido á Dios. Pues bien; siguiendo la costumbre, el gran Sacerdote anunció en público y mandó á las jóvenes que estaban en edad de casarse, que saliesen del Templo y volviesen á la casa de sus padres ó tutores para contraer matrimonio, segun estilo del país y exigencia de la edad. Todas las jóvenes comprendidas en esta disposicion del sumo Sacerdote la obedecieron, excepto María: mecida en su cuna por los ángeles, y preservada á la sombra de sus alas, mejor que bajo ninguna otra, la Virgen predilecta del Señor hubiera podido hacer frente á todos los peligros del mundo, andar sobre áspides y basiliscos, pisotear leones y dragones, y como en otro tiempo los tres niños en Babilonia, podía conservarse sana é intacta en medio del horno abrasador del mundo. Sin embargo, quiere permanecer en el santuario: teme el mundo, y teme aún más oír hablar de contraer matrimonio.

Hé ahí pues, hermanos míos, los puntos sobre los cuales voy á exponeros algunas consideraciones, si me proporciona sus auxilios la divina gracia. A. M.

A la satisfaccion con que las jóvenes dejaban el asilo del Templo en que habían permanecido, oponíase la actitud de María, que se adelantó para excusarse de que no obedeciese con tanta solicitud la órden dada, y para pedir humildemente al sumo Sacerdote, la gracia de permanecer en el santuario. Un autor muy antiguo, citado por san Gregorio de Nicea, dice: que se resistió por largo tiempo con mucha modestia, recordando á los que estaban encargados de su educacion, que, no solo ántes de nacer la habían ya destinado sus padres al servicio del Templo, como lo cumplieron, sinó que aún ella misma había consagrado á Dios su virginidad, y de cuya consagracion se vería privada al cambiar de estado. El sumo Sacerdote, como en otro tiempo Jefe, se encontró en la mayor perplejidad é incertidumbre. ¿Cómo podía ménos de cumplirse el precepto divino, *vovete et reddite*, cumplid vuestros votos? ¿cómo podía ménos de cumplirse un voto hecho á Dios, segun el precepto: *Redde Altissimo vota tua*? ¿cómo reprimir el deseo de una joven, de una virgen tan santa, cuyo nacimiento había sido anunciado con tantos prodigios, cuya cuna había favorecido el Cielo con tantos portentos; de una virgen, que en el Templo había tenido conversacion con los ángeles, y había observado

constantemente una conducta digna de la admiracion del Cielo y de la tierra?

Por otra parte, ¿cómo se podían desatender las costumbres de la nacion, romper con las tradiciones de la Sinagoga y las prescripciones de la ley, admitiendo un voto que la ley anulaba, si no lo ratificaban los padres ó tutores? Sabido es, que en la legislacion hebrea las mujeres eran siempre menores de edad. Luego, la Sinagoga no podía comprender toda la extension de un voto tan trascendental, ni los sacerdotes acertaban á formarse otra idea que la de una simple oblacion ú ofrecimiento, que no impedía casarse á los que se habían consagrado á Dios, como lo demuestra el ejemplo de Samuel, que aunque consagrado á Dios, se casó y tuvo hijos. ¿Cómo, pues, se podía acceder á los deseos de esta joven virgen, de esta perla de Israel, de este hermoso retoño de Jesé, de la más bella flor de David, cuando humildemente solicitaba, en la época tan ansiada por las demás mujeres hebreas, tan solícitas en evitarse el oprobio de la esterilidad? Lisonjeada con un pasado, en que tanto menudeaban las maravillas de Dios, apoyada en los milagros que habían embellecido su cuna, y acostumbrada á la resistencia, la Sinagoga dió primero á María una respuesta que burlaba todas las tendencias angélicas, y por entónces no comprendidas de aquella alma prematura: insistió en el propósito de casarla.

¡Cuán viva inquietud debieron causar en el alma de María las inflexibles exigencias de la Sinagoga! pues si algo tenía en mucho Ella, que solo amaba á Dios, era la virginidad que había consagrado al Señor; y tanto cariño tenía á la virginidad, porque el amor le había revelado que esta virtud, fundada en la santidad, en la gracia y el amor, era agradable al Señor en grado sumo. Tan arraigado estaba en el corazon de la humilde María el deseo de conservar la virginidad, que se consideraba allí á salvo de todas las contrariedades del mundo y de sus fútiles seducciones; y aún se consideraba que no habían de poner óbice el Cielo ni sus promesas, ni habían de contrariarla los honores de la Maternidad divina; pues cuando el arcángel enviado por Dios á la Virgen de las vírgenes irá á traerle la solemne y misteriosa embajada del Eterno, María, por temor de afectar á su virginidad, insistirá en su voto, suspenderá el dar su consentimiento, hasta que el arcángel le habrá asegurado contra todo asomo de peligro su virginidad, prenda de especial estima para su alma y tesoro sin igual de su corazon, porque forma el amor supremo y las delicias de su Dios. Pues bien; esa virginidad, ese tesoro de tanta estima para su

corazon, esa flor tan preciada que había cogido en el corazon de su Dios, temía que la tronchase la severidad de la Sinagoga, alegando contra ella la voluntad de Dios, voluntad de la que María estaba destinada á ser incorruptible custodia. De esta suerte el Señor, que había luchado con María contra la Sinagoga, luchaba con la Sinagoga contra María; el Señor que le había inspirado su angelical juramento, parecía como que se opusiese luego á su realizacion.

Dios, en sus insondables arcanos, había dispuesto, que estuviese sometida al yugo del matrimonio la que debía ser siempre virgen, no solo porque todas las condiciones y todos los estados debían encontrar en Ella un ejemplar perfecto y un modelo de conducta, sinó porque María era una transicion entre el Testamento antiguo y el nuevo: su persona era el lazo que unía la ley de rigor y la ley de amor. María, reuniendo toda la inocencia del estado primitivo y toda la energia de la ley escrita á la luz de la ley nueva, debía tener por esposo un hombre, cuyo excelente espíritu de justicia y grandes virtudes fuesen el fruto más puro de la ley y del espíritu profético. Hija de la Sinagoga, María estaba obligada á obedecerla. Madre del Verbo, sin embargo de obedecer á la Sinagoga, debía practicar constantemente la nueva ley de la cual era el origen. Por lo pasado, María debía estar unida á un esposo; por lo futuro debía conservar su virginidad en el matrimonio. Estas razones, empero, no eran las únicas que en los designios de Dios hacian necesario el matrimonio de la Virgen, sinó que había muchas otras. 1.<sup>a</sup> Segun San Jerónimo y otros Padres de la Iglesia, Dios quiso que la Virgen fuese casada con el fin de que la genealogía de su esposo fuese para los judíos, contemporáneos del Mesías, un motivo para creer en la mision divina de Jesús; y para que los títulos de descendiente de David, Jacob y Abraham, á quienes había hecho Dios sus promesas, fuesen para los hijos rebeldes de Israel una apelacion eterna á la verdad, ó un motivo más para su condenacion. 2.<sup>a</sup> Dios quiso que María tuviese un esposo, para que, más adelante, en medio de su pobreza y de sus tribulaciones, en su huída, y en el ostracismo, la Virgen y su Hijo pudiesen encontrar en él un sosten, un protector, un apoyo; pues el Hijo de Dios, en medio de su pobreza, había de recibir de sus padres el alimento diario. 3.<sup>a</sup> En sus insondables designios la Sabiduría eterna había dispuesto el matrimonio de María, para poner el honor de la jóven virgen á cubierto de toda calumnia, que sin duda no hubiera dejado desapercibida la ocasion de asestar sus ataques contra la obra de Dios por excelencia, y de cubrir de abyeccion la perla de los do-

nes de su amor infinito. Hé ahí como el Hijo de Dios dejó, en cierto modo, que se pusiera en duda el milagro de su nacimiento, ántes que la castidad de su Madre. 4.<sup>a</sup> El matrimonio, no solo dejaba á cubierto el honor, sinó tambien la vida de la Virgen, pues, si el velo de un matrimonio legítimo no hubiese salvado el honor de María á los ojos del pueblo, ese pueblo, cuyo corazon, segun dijo el mismo Dios, *era duro como un diamante*, fundándose en una ley severa é inflexible, hubiera podido apedrear á la Madre del Salvador, objeto de los deseos y de las esperanzas de tantas generaciones. 5.<sup>a</sup> Además de poner á cubierto el honor y preservar la vida de la Virgen, su misterioso enlace, era, segun S. Ignacio mártir, un velo con que Dios ocultaba al demonio la venida de Aquel, que debía arruinar su imperio y reconstruir sobre sus ruínas el grande y desmoronado edificio de nuestra humanidad, beneficio que iba á proporcionarnos por efecto de su misericordia y sabiduría infinitas. Tales eran los motivos divinos y providenciales ante los que debían ceder las oposiciones, las reclamaciones y la inquietud de María.

Existía entónces en Israel un hombre llamado José: era artesano, y ganaba su subsistencia con el sudor de su frente, trabajando en el oficio de carpintero. Mas para Dios, que no juzga á los hombres por vanas apariencias sinó por su corazon, era en realidad rico, era grande en la verdadera acepcion de esta palabra; tan grande, que no ha existido hombre más noble, ni más rico que José á los ojos de Dios; no ha existido otro hombre que tuviese más mérito, pureza y eminente santidad que este gran patriarca. Pues bien; el Señor iba á convertir á este pobre y humilde artesano en cabeza de su familia, en guardian de su mejor tesoro. Segun opinion general, José, adornado desde sus primeros años de una gracia especial, casi desconocida en aquellos tiempos entre los judíos, nunca había querido casarse, porque estaba resuelto á conservar perpetua virginidad. La luz que debía iluminar á todos los hombres que viniesen á este mundo, le había dirigido en semejante resolucion, y había ilustrado de antemano su espíritu; tan superior á las cosas de la tierra y á las instigaciones de los sentidos como el sol, al aparecer en el horizonte, dora con sus rayos las elevadas cumbres de los montes. Sin embargo, á pesar de la resolucion sublime que había cumplido fielmente hasta su mayor edad, presentóse junto con los demás pretendientes de su tribu, pues sin duda la Sinagoga le había llamado por ser uno de los más próximos deudos de María.

Pues bien; miétras cada uno de los jóvenes descendientes de David,

reunidos en el Templo, hacia entusiastas votos y abrigaba la esperanza de inclinar á su favor la voluntad del Cielo, José, que conocía las sublimes virtudes de su parienta y le profesaba la mayor veneración, era el único que se creía indigno de obtener su mano. Mientras todos los jóvenes, en cumplimiento de lo dispuesto por el sumo Sacerdote, deponían sobre el altar sus ramos de almendro, solo José, cediendo á su humildad, tenía oculto el suyo. Por esta razón no habiéndose notado un designio conforme á la ley divina en aquel acto, el sumo Pontífice resolvió consultar directamente al Señor; y el Señor le reveló, que el destinado para esposo de la Virgen era el que había escondido su ramo. De esta suerte fué descubierto el humilde descendiente de David; y cuando presentó su rama seca y estéril, se la vió reverdecer y retoñar en sus manos, como en otro tiempo la que devolvió y aseguró perpétuamente el sacerdocio á Araon y á sus descendientes. Y al mismo tiempo bajó del Cielo una blanca paloma, que fué á posarse sobre la flor que por virtud divina se había entreabierto. Después de esta solemne ceremonia, los tutores de María y su familia la desposaron con José, y desde aquel momento los grandes destinos de la Virgen quedaron unidos á los de aquel varón justo.

Segun costumbre, trascurrieron algunos meses entre los esponsales y el matrimonio de María. ¡Con qué angelical pureza debió prepararse la Virgen para semejante enlace! Así, cuando llegó la ocasión de celebrarse el matrimonio; cuando en presencia de los sacerdotes y de los tutores, y sin duda en el Templo, donde, segun parece, continuó María viviendo, se hubo pronunciado por los dos contrayentes la palabra que es el simbolo de un juramento eterno, José y María, más que esposos, fueron, como dice el célebre Gerson, dos que unieron una virginidad á otra: *Virginitas nupsit*. La jóven dió la mano al humilde José; los sacerdotes inscribieron en las tablas anuales dos nombres por siempre venerados; el descendiente de David puso en el dedo de su desposada un anillo formado de una piedra de amatista, simbolo de fidelidad virginal. Nunca el Cielo había presenciado otro enlace tan santo ni tan digno de que lo honrase con su presencia toda la corte celestial. Fué sin duda objeto de admiración para los espíritus bienaventurados; y si hubiese llegado á la tierra algun débil eco de las armonías angélicas, todas las pompas nupciales de este mundo, con la esplendidez y magnificencia que se presentaban en Israel, hubieran parecido pálidas y eclipsadas, y las sinfonías del Templo hubieran parecido un canto de luto. Trascurri-

dos los siete días que, segun costumbre, se destinaban á celebrar las bodas, José y María emprendieron el camino de Nazareth, dirigiéndose á la humilde casa de Joaquin, donde debía efectuarse en breve el gran misterio de la Encarnación del Verbo.

Del día eternamente memorable en que el pontífice del Dios de Israel bendijo á la Santísima Virgen y á su fiel esposo, data la rehabilitación de la sociedad conyugal. El inalterable acuerdo de estas dos almas levantó la unión de los esposos á un elevado punto de grandeza y perfección. Para comprender toda la trascendencia de esta transformación gloriosa, basta recordar lo que había sido el matrimonio durante el período que precedió al advenimiento de Jesucristo. Cuando Dios hubo establecido la base de todas las sociedades en los comienzos del género humano, Adán, sorprendido á la vista de su compañera exclamó: Hé aquí el hueso de mis huesos y la carne de mi carne; mas nada de esto conduce directamente á la siguiente consecuencia que se expone en el libro sagrado: El hombre dejará á su padre y á su madre, y se unirá á su mujer, y serán dos en una carne. En breve, empero, el hombre tuvo pretensiones de ser Dios; y desde aquel momento, toda la naturaleza, tan acorde y tan santa creada á su vista y bendita por amor á él, quedó manchada y pervertida por la sublección de su rey. La tierra fué maldecida por el pecado de Adán. Éste ya no conseguirá fruto alguno del suelo sinó con el sudor de la frente; vivirá encorvado hácia la tierra hasta que su cuerpo vaya á identificarse con ella, convirtiéndose en polvo como de polvo está formado. La mujer, que, en cierto modo, había nacido igual al hombre, quedará sujeta á él en adelante: Eva y sus hijas pagarán con indecibles dolores la satisfacción de ser madres.

Con efecto; apenas el primer pecado hubo degradado para siempre á la naturaleza humana, empezó el imperio de la carne, de la fuerza bruta, de la industria puramente material, el reinado de las calamidades y de los dolores. Entre el pueblo judío la esterilidad de la mujer se consideraba como un disfavor extraordinario, disfavor que sobreponía y triunfaba de los celos más naturales y legítimos, de suerte, que Sara, Lia y Raquel no vacilaron en ofrecer á sus esposos concubinas escogidas entre sus esclavas, para gozar indirectamente de los honores de la maternidad. Moisés, en beneficio de la rápida propagación del género humano, toleró la poligamia, de la que dió el primer ejemplo la maldecida raza de Caín. Temíase que el esposo que llegase á cansarse de su compañera, dejase de tener hijos; y en beneficio de la propagación humana, se permitió á la mujer repudiada

contraer un nuevo enlace. Bajo la presion de costumbres tan humillantes, la condicion de la mujer, que tantas ilusiones forja en nuestros dias, no tenía, por decirlo así, nada de la servidumbre actual de los serrallos del Oriente, ni de esa degradacion fabulosa que la escuela del progreso atribuye de un modo pródigo á la antigüedad. Pero en los pueblos idólatras la mujer estaba en una verdadera presion. Recórranse los anales del paganismo, y en todas partes se echa de ver el profundo desprecio de que es objeto la compañera del hombre, á la que se considera como colocada en la baja esfera de una cosa, de un vil animal; en todas partes se echa de ver que se emplea la fuerza bruta para dominarla y someterla á la voluntad de su caprichoso tirano. Los pueblos progresaron en el orden intelectual; pero la mujer continuó siempre en el mismo estado, ó mejor, á proporcion que el hombre ganaba en ilustracion, la mujer, al contrario, descendía en la escala social.

El catolicismo ha restablecido la incorruptibilidad de la esposa, reprobando la idea del adulterio, la costumbre de la poligamia, y la facultad de hacer divorcio. La mujer, que en las tiendas de los patriarcas usaba la palabra mi señor, le dice ahora al hombre: hermano mio. Se ha convertido en su compañera y amiga, ha obtenido el amor moral, amor de confianza, amor duradero, en vez del amor sensual con que el idólatra pagaba casual tributo á su belleza; y la santidad, la unidad, la indisolubilidad del matrimonio, elevado á la dignidad de sacramento, eran las únicas que podían evitar eficazmente la reaparicion de las costumbres paganas. Miétras la Iglesia, con sus previsoras disposiciones sobre la ley del matrimonio, aseguraba la proteccion moral de la esposa, la doctrina de la virginidad daba origen á uniones más dignas todavía de admiracion, á la sombra de los ejemplos y de las bendiciones de la santa sociedad formada entre la santísima Virgen y el más puro de los hombres. Durante la era cristiana se han visto varios esposos, que el día mismo de sus bodas han jurado guardar virginidad perpétua. Este rasgo característico de la influencia del culto de María, se ha reproducido con tanta frecuencia, que merece una denominacion especial para designar á las mujeres que viven con sus esposos en esa union tan casta: se las llama esposas hermanas. ¡Felices esposos cristianos, si la vida conyugal es para vosotros un estado de santidad, en que dádoos mutuamente el ejemplo de la virtud, podeis cooperar con mayor eficacia á vuestra salvacion!

¡Virgen santa, cuya honestidad no sufrió mengua en vuestros castos

desposorios! presidid en las familias cristianas, estrechad los vínculos de los esposos, purificad sus afectos, y haced reinar en ellos aquella paz que, bajo vuestra humilde casa, difundíais como preludio de la del Cielo. Alcanzadnos á todos la gracia de imitar vuestros sublimes ejemplos, de amaros siempre, y tener despues la dicha de veros y gozaros en la mansion de las delicias eternas.